



# LIBROS ROBADOS

EDUARDO ANTONIO PARRA

Sin título / Escala de grises / Serie: Retratos de Nueva York / Fotografía análoga Portra 400 / 2017

“¿Alguna vez te has robado un libro?”

Aunque no siempre dirigida a mí, he escuchado la pregunta infinidad de veces desde que, en la adolescencia, me convertí en un lector consuetudinario. Las respuestas siempre son distintas. La mayor parte de las personas, sobre todo si no se hallan con gente de su confianza, afirman que no lo han hecho o, cuando mucho, narran que alguna vez estuvieron a punto de sustraer un volumen de alguna librería, pero sucumbieron ante los escrúpulos y se arrepintieron en el último instante, por lo que lograron mantener su conciencia tranquila. Otros –lo he oído un par de veces– cuentan que sí se llevaron algún título “por accidente” o “por descuido”, y explican que lo traían en la mano junto con sus libros de la escuela, y que al llegar a la caja pagaron otros, pero “se olvidaron del que estaba junto a los suyos” y solo se dieron cuenta al llegar a casa del latrocinio realizado de manera inconsciente. En este caso, rápido alegan que los remordimientos les duraron varios días. Otros más adoptan una actitud digna y lo niegan con una seguridad que hace pensar que mienten. Unos pocos son los que admiten haber llevado a cabo el robo con toda intención, aunque intentan justificarlo argumentando los

No es lo mismo robarle dinero a una persona que robar un pan cuando se tiene hambre y se carece de dinero, por ejemplo, robarse un celular para venderlo que robarse un libro para leerlo.

precios excesivos, la pobreza, la urgencia de leerlo.

¿Acaso es tan terrible robar uno o varios libros?

A la mayoría de nosotros nos enseñaron desde la infancia que robar es malo. Es parte de la educación que nos ayuda a funcionar en sociedad. Sin embargo, muchas veces las personas que nos enseñaron tales reglas no solían predicar con el ejemplo, ya fueran papá y mamá, abuelos, maestros o cualquier tipo de guía. ¿Cuántas veces, durante la niñez –por ejemplo–, escuchamos a nuestros padres quejarse de la corrupción que imperaba entre las autoridades del país, asegurando que “por eso México no progresa”, pero en cuanto un agente de tránsito los detenía, de inmediato sacaban de la cartera un billete para ofrecerle mordida? O, cuando los acompañamos al supermercado, ¿no vimos que, además de las cosas que llevaban en el carrito, de pronto tomaban un paquete de galletas, o una botella de bebida, y las consumían mientras terminaban de hacer las compras, para tirar la envoltura o la botella antes de arribar a la caja?

Tal vez quienes advertimos en la infancia este tipo de actos comprendimos pronto que, aunque constituyan un delito, las cuestiones morales siempre resultan relativas, y que todo depende de las circunstancias y los contextos. Es decir, que no es lo mismo robarle dinero a una persona que robar un pan cuando se tiene hambre y se carece de dinero, por ejemplo, robarse un celular para venderlo que robarse un libro para leerlo, o consumir un paquete de galletas cuyo valor no excede los veinte pesos, cuando en el carrito llevamos mercancía por valor de varios miles que sí vamos a pagar.

Los libros por lo general son caros, siempre lo han sido, y desde que tengo memoria los lectores se quejan de ello. Cuando cursaba la carrera de Letras en Monterrey, en la década del 80 del siglo pasado, los estudiantes no hablábamos de otra cosa, sobre todo porque debíamos leer por lo menos unos cuarenta o cincuenta títulos por semestre, gran parte de los cuales no se encontraban en las bibliotecas de la universidad. Los hallábamos

tan prohibitivos, que llegamos a fantasear con reunir un comando que tomara por asalto una de las escasas librerías con que contaba entonces la ciudad. Entre broma y broma, incluso imaginamos el titular de *El Norte* si nos hubieran atrapado después del atraco: “Lectores desesperados realizan robo del siglo: saquean 300 volúmenes de la Librería Castillo”. Reíamos, y después de reír nos quedábamos pensativos y en silencio por varios minutos. Por supuesto, nunca nos organizarnos para hacer realidad esas fantasías, aunque la verdad es que casi todos habíamos cometido robos-hormiga en ciertos expendios. Nunca en las bibliotecas: esos sitios eran santuarios intocables.

Sí. En esa época y durante los primeros años luego de terminar la carrera robé algunos libros, algunas decenas tal vez. Se trataba de novelas o ensayos cuyo precio estaba muy por encima de mis posibilidades económicas y que a mí “me urgía” leer. Para ello, afiné mis técnicas y procedimientos, al grado de que pude eliminar el nerviosismo y el miedo a ser sorprendido en pleno acto. Y siempre salí con el volumen, que procedía a devorar en los días siguientes ¿Remordimientos? No los recuerdo. Pero, si alguna vez los tuve, los eliminaba convenciéndome de

**Se me hacía difícil pensar que las librerías son un negocio a secas, tan enfocado a las ganancias como cualquier tienda de electrodomésticos.**

que, así como los izquierdistas de la época hablaban de la “redistribución de la riqueza”, yo podía alegar “redistribución del conocimiento literario”. Además, veíamos a los dueños de librerías como misioneros de la cultura más que como comerciantes, y creíamos que si nos sorprendían en flagrancia tan sólo nos aplicarían una amonestación y nos dejarían ir.

Tal vez no andábamos tan errados. Algunos años más tarde, ya en la década de los 90, se organizó en Monterrey un evento dedicado al exiliado español don Alfredo Gracia Vicente, quien fue propietario mucho tiempo de la librería Cosmos, una de las principales de la urbe. Se le homenajeaba por su contribución a la cultura regiomontana y, a la hora de las intervenciones del público, un conocido escritor pidió la palabra y ofreció disculpas al homenajeado porque, declaró, cuando él era joven y don Alfredo dueño de la librería, le había robado tres o cuatro libros. Tras la confesión, un hondo silencio se hizo entre la gente, hasta que don Alfredo respondió: “No te robaste tres, ni cuatro”, dijo, “fueron por lo menos quince”, y procedió a enumerar alrede-

dor de diez títulos. ¡Los recordaba! Las personas voltearon a ver al escritor, esperando su reacción: “Y si se dio cuenta, don Alfredo, ¿por qué nunca dijo nada?”. Don Alfredo Gracia Vicente sonrió con benevolencia: “Porque estoy convencido de que si alguien se roba un libro es porque quiere o necesita leerlo, y lo que yo más deseaba era que la gente leyera”. Estas últimas palabras justificaron por completo el homenaje que se le estaba haciendo a don Alfredo.

Tras declaraciones como la anterior, se me hacía difícil pensar que las librerías son un negocio a secas, tan enfocado a las ganancias como cualquier tienda de electrodomésticos. No, quien abre una librería en una ciudad no lectora, muestra una vocación cultural que nada tiene que ver con el afán de ganancias. Tal vez debido a eso me sorprendió mucho, hace algunos años, que luego de que las cámaras de seguridad de una librería de Buenos Aires sorprendieran a un diplomático mexicano embolsándose un volumen para después abandonar el local sin pagarlo, se armara un escándalo mayúsculo en las noticias y en redes sociales, al grado

de que, si no recuerdo mal, el funcionario fue retirado de la embajada. Es cierto, se trataba de un miembro del servicio exterior mexicano, lo que sin duda restaba prestigio a nuestra nación, pero ¿por un libro? No era una pluma de oro, ni un aparato de DVD. Era un libro. En fin, ya como escritor, en el momento de firmar ejemplares luego de una presentación, no han faltado algunos lectores que, al momento de acercarse con su ejemplar, me confiesen en corto que el volumen que colocan abierto frente a mí no fue comprado, sino hurtado. Yo tan solo me sonríe, acaso recordando que yo hice lo mismo algunas veces, y lo firmo sin ningún reparo.

Al respecto, recuerdo que José Emilio Pacheco se negaba a firmar libros suyos impresos por la piratería. Tenía muy buen ojo para reconocerlos y, cuando le llevaban uno –casi siempre el de *Batallas en el desierto*–, decía: “Discúlpame, pero no puedo firmarte este ejemplar porque es pirata”. Y quienes se lo habían acercado se retiraban avergonzados. Pero eso era distinto, pues la piratería clona los libros con fines únicamente de lucro e imprime miles de ejemplares; no se trata del robo-hormiga por necesidad o pasión por la lectura, lo que no es sino satisfacer una pulsión personal, sino un acto delictivo hecho y derecho.

En los últimos años, gracias al internet, el robo de libros ha adquirido un rostro distinto: el de los pdfs que circulan en la red de modo libre y gratuito. Igual que en el caso de la piratería, se trata de una actividad que no afecta –o no afecta tanto– a los dueños de librerías, sino a las editoriales, y a los autores en lo que se refiere a su diez por ciento de regalías. Casi nadie lo ve mal, seguro porque no se trata de hacer perder unos cuantos pesos a un comerciante pequeño, el librero, sino a una empresa que muchas veces es un consorcio internacional sin rostro reconocible y cuyos propietarios residen a miles de kilómetros de nuestro país. Aquí aplica de nuevo el asunto de lo relativo de las cuestiones morales. Quien baja de internet una novela completa en pdf no siente que está realizando un acto de latrocinio, sino tan solo aprovecha las oportunidades que ofrecen los sitios en línea como la conocida “Pirateca”. Claro, hay autores que se enojan por esto y sienten lo que quizá sentirían si los asaltaran en despoblado, pero son los menos. La mayoría, según lo he comentado con varios colegas, se sienten contentos de que la gente los lea, aunque no pague por su ejemplar, pues es lo que casi todos los escritores desean antes que cualquier otra cosa.

Casi nadie elige el oficio de escritor con el objetivo de obtener grandes ganancias por lo que escribe. ¿Romanticismo? Tal vez. O acaso sea simple resignación ante el panorama cultural de nuestro país. En lo que se refiere a los editores, por supuesto que ellos sí se molestan, pero es posible que sea una cuestión de justicia poética, pues son muy raros los que les presentan las cuentas claras a sus autores y muy pocas las veces que les liquidan sus regalías completas y a tiempo.

Al respecto de los volúmenes de los que me he hecho sin pagar, los recuerdo casi todos. No solo el momento en que los sustraje, sino de qué tratan, cómo están escritos, el impacto que me provocó su lectura y lo que influyeron en mi propia obra. Es decir, los recuerdo con mucha mayor claridad que otros que sí pagué. Tal vez debido a la adrenalina que precedió a mi apropiación de ellos, acaso porque cuando los sustraje significaban para mí una verdadera necesidad. Y si de pronto comienza a rondarme cualquier sentimiento de culpa, por mínimo que sea, pienso que en mi biblioteca actual hay más de quince mil volúmenes, casi todos comprados o regalados, y que los robados no llegan a representar ni siquiera el uno por ciento de ella. *Peccata minuta*.